

Elecciones en Uruguay 1999:
comportamiento electoral y cultura política

Constanza Moreira

Departamento de Ciencia Política, Universidad de la República
Uruguay

email: guamore@chasque.apc.org

Paper presentado al XXII International Congress, Miami, Florida
The Hyatt Regency Miami,
Marzo 16-18, 2000

Elecciones en Uruguay 1999: comportamiento electoral y cultura política

Constanza Moreira

Los uruguayos estrenaron, en 1999, nuevas reglas para seleccionar su personal político. La reforma constitucional de 1996, una reforma que tuvo varias instancias de discusión y años de preparación¹, y que resultó de un proceso de transacciones y negociaciones múltiples que resultaron en la disposición de dispositivos de impacto contradictorio, implicó un cambio en las reglas de juego con impactos significativos sobre el comportamiento de actores políticos y electorado. Las elecciones de 1999 fueron una suerte de “ensayo de orquesta” donde los actores entraron en la “fase de habituación” a las nuevas reglas.

El sistema electoral uruguayo se había caracterizado hasta el momento por la simultaneidad de las elecciones presidenciales, legislativas y municipales, cada cinco años². Una característica peculiar del sistema electoral uruguayo era que la elección municipal y nacional estaban vinculadas a nivel del lema (o partido), manteniendo el ciudadano la libertad de elección al interior del lema. Entre las características definitorias del sistema (Botinelli, 1991), se señalan: a) hojas de votación en bloque; b) lista cerrada y bloqueada para todos los cargos; c) circunscripción única para todos los cargos, excepto para la Cámara de Representantes; d) doble voto simultáneo para órganos unipersonales (lema y sublema) y triple voto simultáneo para los cuerpos pluripersonales (lema, sublema y lista de candidatos); e) elección mayoritaria simple o relativa para los órganos unipersonales; f) representación proporcional para cámaras legislativas y juntas departamentales; g) elección directa y simultánea para todos los cargos; h) candidaturas partidarias (no hay candidaturas independientes o sin lema).

La reforma constitucional alteró dos de las principales características del sistema electoral uruguayo: la simultaneidad de las elecciones presidenciales, legislativas y municipales, y la vinculación a nivel del lema para todas ellas. De las características arriba reseñadas, la reforma alteró el doble y triple voto simultáneo para órganos unipersonales y pluripersonales y la elección directa y simultánea para todos los cargos.

En primer lugar, la elección consagró el dispositivo de la segunda vuelta, en caso de que ninguno de los candidatos obtuviera la mayoría absoluta de los votos en las elecciones legislativas de octubre. En segundo lugar, consagró la realización de elecciones internas simultáneas de todos los partidos, con voto secreto y no obligatorio, a los efectos de designar el candidato a la Presidencia, que sólo podrá ser uno, para cada lema. En tercer lugar eliminó la posibilidad de acumulación por sublemas a la Cámara de Representantes (se mantuvo para el Senado). En cuarto lugar, junto con la separación en el tiempo de las elecciones nacionales y departamentales (que desvincula estas elecciones a nivel del lema), impuso restricciones al número de candidatos a Intendente para cada partido (que quedó consagrado en hasta tres candidaturas). En cuarto lugar,

¹ En marzo de 1995 fue designada una comisión multipartidaria para elaborar el proyecto, pero los intentos de reforma vienen de algunos años atrás. La reforma fue aprobada en el parlamento con el concurso de los votos de los blancos, nuevospacistas y colorados, y con la desaprobación del Frente Amplio. Fue ratificada por el 50,03% de los votos.

² En esta instancia se elegían, cada cinco años, el Presidente y Vicepresidente de la República, los 30 integrantes de la Cámara de Senadores, los 99 integrantes de la Cámara de Representantes (o Cámara Baja), los Intendentes Municipales, las Juntas Departamentales y la Junta Electoral Departamental.

se incluyeron una serie de dispositivos que modifican los ya existentes, destinados a regular las relaciones entre el Ejecutivo y el parlamento. Se aumentaron las exigencias y se acortaron los plazos para que la Asamblea General levante vetos del Ejecutivo a un proyecto de ley aprobado. También se aumentaron las atribuciones del Presidente para nombrar a los directorios de los entes autónomos y servicios descentralizados.

Tres dispositivos de la reforma parecen haber tenido un impacto decisivo en los resultados electorales de 1999 y en la recomposición del sistema político que se produjo como consecuencia de éstos: la consagración de las elecciones internas, la imposición del candidato único, y el balotaje o segunda vuelta.

1. Ensayo general de orquesta: las elecciones internas de abril de 1999

Las elecciones internas de abril de 1999, fueron una de las primeras novedades que trajo la reforma constitucional. Aunque algunos partidos ya habían hecho uso de elecciones internas para la selección de sus autoridades, la imposición de la candidatura única fue tuvo un impacto decisivo sobre partidos y electores. Entre las novedades más importantes de esta elección cabe contar: a) la “bifracionalización” de los partidos (anterior a la elección en el Partido Colorado y el Encuentro Progresista y posterior en el caso del Partido Nacional); b) la consolidación de liderazgos políticamente “fuertes” e ideológicamente polarizados; c) la personalización de la campaña y la consolidación de liderazgos partidarios; d) la aparición de un comportamiento electoral nuevo, poco analizado aún: el “voto extrapartidario”.

En el Partido Colorado, disputaron dos candidaturas presidenciales: la candidatura de Jorge Batlle (quien disputaría la elección presidencial por quinta vez) y la candidatura de Luis Hierro López que era la candidatura “oficialista” del partido, dado que representaba la fracción del Foro Batllista, por la cual había sido elegido y reelegido el Dr. Julio María Sanguinetti (el Presidente en ejercicio). En el Partido Nacional disputaban cuatro candidatos: el Dr. Luis Alberto Lacalle (quien ya había sido Presidente de la República en el período 1989-1994), el Dr. Alberto Volonté (quien había sido en el período 1995-1999 el Presidente del Directorio del Partido Nacional), el Dr. Juan Andrés Ramírez y el Ing. Alvaro Ramos (ambos habían sido ministros durante la administración del Dr. Lacalle). En el Encuentro Progresista disputaban la elección el líder “natural” del partido y su máxima autoridad, el Dr. Tabaré Vázquez, y el Cr. Danilo Astori, que había sido el candidato más votado en la contienda electoral de 1994. El cuadro 1 muestra los resultados electorales de abril de 1999.

Cuadro 1: Resultados de las elecciones internas de abril de 1999 en Uruguay

CANDIDATO	RESULTADO ELECTORAL	PARTIDO	% votos partidarios
Jorge Batlle	55.1%	Partido Colorado	38.0%
Luis Hierro López	43.9%		
Luis Alberto Lacalle	48.2%		

CANDIDATO	RESULTADO ELECTORAL	PARTIDO	% votos partidarios
Juan A. Ramírez	32.2%		
Alberto Volonté	10.9%		
Alvaro Ramos	8.0%		
Tabaré Vázquez	82.4%	Encuentro Progresista	31.2%
Danilo Astori	17.6%		
Rafael Michelini	1.3%	Nuevo Espacio	1.3%
Participación electoral	53.7%		

Fuente: Datos de la Corte Electoral

Los resultados electorales muestran un escenario más competitivo en los partidos Nacional y Colorado, que en el Encuentro Progresista, donde la ventaja del candidato ganador sobre el segundo candidato es muy grande. El dispositivo incluido por la reforma constitucional para la ratificación del candidato presidencial, exigía, o bien la mayoría absoluta de los votos, o bien una mayoría relativa de al menos un 40% de los sufragios con una ventaja de 10 o más puntos sobre su competidor más cercano. Si ninguno de los competidores lograba estos resultados, el candidato presidencial sería designado por la Convención Nacional del partido elegida en esa misma elección interna. El Partido Colorado y el Encuentro Progresista no debieron recurrir a la decisión de sus respectivas Convenciones Nacionales, pero sí debió hacerlo el Partido Nacional, ratificando finalmente la candidatura del Dr. Lacalle.

Las elecciones internas encontraron al EP-FA y al PC en situación de competencia entre dos candidatos, al Nuevo Espacio con candidato único, y al Partido Colorado en un escenario competitivo plural. En el caso del Partido Colorado, la elección interna tuvo el efecto de reagrupar a las varias fracciones partidarias en disputa, alineándolas detrás de los sublemas 15 (representado por Jorge Batlle) y Foro Batllista (el sublema representado por Sanguinetti y el candidato en la elección: Luis Hierro López), empujándolo a la “bifracionalidad” con la que había operado políticamente muchas veces. El Encuentro Progresista no verifica estrictamente una “bifracionalidad” como la del Partido Colorado (y los datos electorales de la elección legislativa de octubre de 1999 mostrarán un escenario más competitivo y plural), y los candidatos que se enfrentan: Tabaré Vázquez y Danilo Astori, no se polarizan alrededor de sublemas sino alrededor de “estilos políticos” diferentes. Si la competencia entre los colorados se da en el eje “oficialistas” –“no oficialistas”, la competencia al interior del Encuentro Progresista se expresa más entre opciones ideológicas de “centro-izquierda” (con la candidatura del Cr. Astori) e “izquierda” (con la candidatura de Tabaré Vázquez). La “doble candidatura” del Encuentro Progresista se transformó en un resultado paradójico de la reforma constitucional. El EP-FA había defendido siempre el “principio” de la candidatura única, criticando el uso de los partidos tradicionales de las múltiples candidaturas presidenciales, lo que les permitía aunar fracciones partidarias de escasa continuidad programática, y había sido quien más había abogado por la inclusión de este dispositivo en la reforma constitucional (que finalmente no votó). Sin embargo, el EP-FA enfrentó en estas elecciones, por primera vez en su historia, el problema de las

candidaturas plurales resueltas por disputa electoral abierta. En cuanto al Partido Nacional, como muestran los datos, sólo dos de las candidaturas obtienen un respaldo electoral significativo. Es en el Partido Nacional donde la contienda se hace más áspera, por las acusaciones de corrupción hacia el Dr. Lacalle, en su período como Presidente de la República, a las que se sumó el segundo candidato más votado y que presumiblemente tuvieron impacto en la menguada votación que obtuvo el partido en las elecciones de octubre.

En segundo lugar, la elección interna tuvo un impacto sobre la consolidación de liderazgos políticamente “fuertes” e ideológicamente polarizados. Los candidatos “menos polarizados” y quizá con más posibilidades de ser atractivos a un electorado fuera de su partidos, como el Dr. Juan Andrés Ramírez en el Partido Nacional, o el Dr. Danilo Astori en el EP-FA, no resultaron los elegidos. Las encuestadoras del medio habían llegado a una tipificación del voto según estrato socioeconómico y allí se mostraba que los perfiles de los candidatos que resultaron vencedores, fue el de los más “populares” (Tabaré Vázquez y Lacalle tenían mayor propensión de voto en los estratos socioeconómicos medios-bajos y bajos, y Jorge Batlle mostraba una propensión pareja en ambos estratos). Una encuesta realizada por la encuestadora Equipos-Mori, mostraba que los uruguayos tendían a identificar a los candidatos con “etiquetas” ideológicas muy definidas: la mayoría de los encuestados calificó a Tabaré Vázquez de “socialista”, a Jorge Batlle de “batllista”, a Luis Alberto Lacalle de “nacionalista” y a Rafael Michelini de “socialdemócrata”. Asimismo, las candidaturas de Lacalle y Batlle por un lado, y de Tabaré Vázquez por el otro, pueden ser colocadas en los extremos del continuo ideológico “izquierda-derecha”. Esto tuvo un impacto decisivo en el escenario abierto por el balotaje, fuertemente polarizado entre “izquierdas” y “derechas”, entre “oficialistas” y “partidarios del cambio”.

En tercer lugar, la elección interna fue el hito inicial de una tendencia que se reafirmó en las instancias siguientes, marcada por la fuerte personalización de la campaña electoral y el predominio de los líderes sobre las estructuras partidarias, en un contexto en que el debate programático fue escaso y poco atractivo (por lo menos hasta la campaña por el balotaje). Este efecto, junto con la necesidad de “amortiguar” la disputa intrapartidaria, de cara a la votación de abril, tuvo resultados diversos. El primer resultado directo, es que la campaña hacia las elecciones de abril no verificó ni un solo debate entre los líderes en puja por la candidatura de su partido, algo que la mayoría de los electores, de acuerdo a los datos de opinión pública, hubiera querido presenciar. La campaña fue de “baja intensidad” entre los candidatos del Partido Colorado (los únicos en festejar juntos el resultado electoral y en articularse inmediatamente después de la elección como presidenciable y vicepresidenciable) y la “imagen de unidad” del partido, prevaleció sobre sus diferencias. En el EP-FA, la difícil tarea de administrar una competencia electoral no deseada por la mayoría de la dirigencia frenteamplista, y las fuertes diferencias entre los estilos políticos personales de sus candidatos, generaron un clima de campaña de intensidad “media”. En el Partido Nacional, la lucha por las candidaturas estuvo plagada de acusaciones recíprocas, y el “manto de sospecha” de la corrupción que pesaba sobre su principal líder, fue recargado por la admisión que de esto hizo el segundo candidato más votado del partido, el Dr. Juan Andrés Ramírez.

Los candidatos vencedores obtuvieron con la legitimidad de sus votos una importante capacidad de “disciplinamiento” de las fracciones en disputa, que se vio reforzada por la

reducción del número de fracciones en disputa, y por consiguiente, por la reducción de la oferta electoral partidaria, como lo corroborarán las elecciones de octubre. En el Partido Nacional, donde la disputa fue más enconada, con posterioridad a las elecciones y en el marco de la Convención Nacional que debía designar a su candidato, las aguas se dividieron entre los “herreristas” (el sublema que representaba el Dr. Lacalle) y “Alianza Nacionalista” (una alianza de las varias fracciones perdedoras en la elección interna), pero finalmente, hubo un realineamiento detrás de la figura del Dr. Lacalle, con la excepción del Dr. Juan Andrés Ramírez, que virtualmente se retiró de la arena política.

En cuarto lugar, el carácter “voluntario” de las elecciones de abril, implicaba una novedad que arrojaba dos incertidumbres sobre el comportamiento electoral de los uruguayos. Una primera, era si la concurrencia a las urnas sería o no masiva, y si no lo era, qué impacto tendría esto sobre el efecto de “legitimación” del candidato, que se había pretendido obtener con la reforma constitucional de 1996, subsanando los déficits de representación que éste habitualmente obtenía, en el régimen anterior³. Con un 53.7%, no puede decirse que los uruguayos, que han tenido una participación electoral muy alta a lo largo de la historia⁴, se hayan involucrado demasiado. Aunque estos porcentajes puedan resultar altos en la comparación con otros países, son bajos en relación a lo que ha sido la tradición electoral uruguaya. De hecho, estuvieron en lo que fue la “hipótesis de mínima” de las principales encuestadoras del medio (cuyo “techo” era entre el 60% (Equipos-Mori) y 71% (Cifra), y su “piso”, se ubicaba en el 50% de los habilitados para votar).

La segunda incertidumbre se planteaba con respecto al comportamiento de los electores respecto a su propio partido y los otros. Dado que no era requerida ninguna adhesión o afiliación a ningún partido (pudiendo votar sólo en uno de ellos), y dado que la elección recaía en candidatos antes que en partidos, cabía preguntarse si el elector permanecería dentro de su partido, o votaría fuera de él, tratando de incidir en las internas partidarias más competitivas, como lo eran las del Partido Colorado, y la del Partido Nacional⁵. En otras palabras, los escenarios escasamente competitivos de la elección en el Encuentro Progresista y en el Nuevo Espacio, podían haber operado motivando a sus electores a sufragar en otras tiendas políticas. La hipótesis del voto “extrapartidario” o “cruzado” no fue suficientemente analizada, pero parece haber tenido cierto impacto en la elección del Partido Nacional pero sobretodo en la del Partido Colorado, que ya aparecía como favorito para disputar con la izquierda la segunda vuelta. La participación electoral en cada partido, en contraste con lo que fue el resultado electoral de octubre, parece significativa a este respecto. El electorado del Encuentro Progresista aparecía en las encuestas con mayor disposición a votar que los de los otros partidos (lo que es coherente con datos de cultura política que indican que los votantes de la izquierda están más

³ Con el sistema anterior, el Presidente resultaba electo como el candidato más votado del lema más votado, lo que no impidió (especialmente desde la aparición en escena de un tercer partido en disputa), que el Presidente fuera electo con menos votos que otro presidenciable de un partido con menor nivel de votación

⁴ En las últimas cuatro elecciones nacionales con carácter obligatorio habían votado entre el 87% y el 91% de los habilitados, y en las últimas cuatro elecciones nacionales sin sanción, votaron entre el 68% y el 77% de los habilitados.

⁵ Una encuesta de Equipos-Mori de setiembre de 1998, mostraba que un 15% de los electores estaban dispuestos a sufragar en una colectividad partidaria distinta a la suya. Una encuesta de Cifra, el domingo 18 de abril de 1999, corroboró que el 14% de los votantes estaban dispuestos a votar fuera de su partido.

“involucrados” e “informados” políticamente, al tiempo que son quienes mejor representados se sienten con su partido, que el resto (Moreira, 2000). El EP-FA era, de los tres partidos, el electorado de mayor nivel socioeconómico⁶. Al mismo tiempo, el perfil de quienes tenían decidido participar en los comicios de abril era bastante claro: tenían mucho o bastante interés en la política, un nivel socioeconómico alto y medio alto, y un mayor peso de los electores con educación secundaria y terciaria. Sin embargo, esta colectividad votó por debajo de la votación que obtuvo el Partido Colorado (ver cuadro 1). Algunos analistas sostuvieron que se había producido un corrimiento de votos de la izquierda y aún del Nuevo Espacio, hacia la elección interna del Partido Colorado, favoreciendo la figura de Jorge Batlle (como una medida “contra” el oficialismo representado por la figura del Dr. Hierro López). En síntesis, si esta hipótesis fuera correcta, quienes habrían decidido finalmente la disputa que signaría la elección de noviembre, no habrían sido los propios electores del Partido Colorado, sino electores de otros partidos. En este sentido, las “internas” uruguayas, difícilmente puedan ser consideradas, estrictamente, una “interna”.

2. La(s) sorpresa(s) de octubre: un claro triunfo de la izquierda y el fin al bipartidismo "residual"⁷

El domingo 31 de octubre tuvieron lugar los más atípicos comicios de la segunda mitad del siglo⁸. Fueron elecciones atípicas por su modalidad y por su resultado. En estas elecciones, el electorado uruguayo eligió parlamentarios sin elegir presidente, y por primera vez, el partido más votado no obtuvo automáticamente el control del Poder Ejecutivo. También por primera vez, los partidos tradicionales perdieron las elecciones. El Encuentro Progresista-Frente Amplio se convirtió en el partido más votado a nivel nacional, desplazando, en el interior del país, al partido que históricamente ha tenido más raigambre en el “Uruguay profundo”: el Partido Nacional.

Estas son las constataciones más sobresalientes del fenómeno del domingo. El Cuadro 2 muestra los resultados de la votación legislativa.

⁶ Según una encuesta de Equipos-Mori, el 44% de los que declaraban que irían a votar al EP-FA eran de estratos socioeconómicos medios-altos y altos. En el Partido Nacional y en el Partido Colorado, estos porcentajes eran de 18% y 21% respectivamente.

⁷ Opto por usar la expresión “bipartidismo residual”, para designar aquellas situaciones donde la principal competencia aún se verifica entre los partidos Nacional y Colorado, con una escasa participación electoral de la participación de izquierda, pero donde se verifica una tendencia hacia un escenario de “pluralismo moderado” o equilibrio de competencias.

⁸ Las elecciones legislativas fueron de carácter obligatorio. Se elegían senadores y diputados, con la prohibición emanada de la reforma constitucional de 1996, de acumulación por sublemas a nivel de diputados. Si algún candidato (o partido) obtenía la mayoría absoluta de los votos, también se elegiría en esta instancia la Presidencia y la Vicepresidencia de la República.

Cuadro 2: Cuadro comparativo de la votación 1994-1999

	EP-FA	PC	PN	NE
% votación 1999: TOTAL	40.1	32.8	22.3	4.6
% votación 1999: MONTEVIDEO	51.8	29.8	12.7	5.5
% votación 1999: INTERIOR	31.1	35.1	29.8	3.9
Tasa de crecimiento (1994=100): TODO EL PAIS	130.2	101.5	71.7	87.7
Tasa de crecimiento (1994=100): MONTEVIDEO	117.6	111.9	60.0	75.8
Tasa de crecimiento (1994=100): INTERIOR	157.9	94.9	75.5	113.8

FUENTE: Elaboración propia en base a datos de la Corte Electoral

Las elecciones legislativas de octubre se dieron en un clima de relativa incertidumbre (los indecisos oscilaban entre 6% y el 11%). Los resultados estuvieron por encima de las expectativas “máximas” de encuesta en el caso del EP-FA y del PC (las máximas oscilaban entre 39% para el primero y 31% para el segundo) y en el “piso” del Partido Nacional (en la menor de las hipótesis de las encuestadoras, este partido arrastraría el 23% de los votos).

Como muestra el Cuadro 2, la coalición de izquierdas (EP-FA) fue la fuerza política más votada en las elecciones legislativas, superando en más de 7 puntos al Partido Colorado y en casi 18 puntos porcentuales al Partido Nacional. El EP-FA logra una victoria a nivel nacional, consolidada fuertemente en Montevideo (donde obtiene el 51.9% de los votos), pero a expensas de la ruptura del bipartidismo que había dominado el interior del país a lo largo del siglo. Resulta el ganador en cuatro departamentos: Maldonado, Canelones, Maldonado y Paysandú (los tres primeros constituyen los polos regionales económicos más importantes del país), y en por lo menos cuatro departamentos se ubica como la segunda fuerza en disputa en Río Negro, Salto, San José y Soriano.

El EP-FA se convirtió en la primera fuerza en la capital del país, y la segunda fuerza política en el Interior, con el 31.1% de los votos. Creció casi 10 puntos porcentuales con respecto a la elección anterior (había obtenido el 30.8% de los votos en la elección de 1994) en todo el país, pero experimentó su mayor crecimiento en el interior del país, consolidando la el tripartidismo y venciendo el bipartidismo “residual” (el que mantenía a un interior básicamente bipartidista y que continúa hoy afirmando el bipartidismo en las localidades rurales de esta región, como se muestra en el Cuadro 11). Como muestra el cuadro 2, el EP-FA experimentó su mayor crecimiento en el Interior del país (había obtenido 19.7% en la elección anterior y obtiene el 31.1% en la presente elección) y siguió creciendo en Montevideo, donde había obtenido el 44% de los votos en la elección anterior.

El Partido Colorado votó en forma similar a como había votado en la elección de 1994 en la que había obtenido la Presidencia de la República (había obtenido el 32.3% de los votos). Redujo su electorado en aproximadamente dos puntos porcentuales en el Interior del país respecto a la elección pasada, y mejoró su votación en Montevideo en aproximadamente tres

puntos porcentuales. En síntesis: produjo un ligero “trasvase” de votos entre su electorado capitalino y el del interior del país, pero se mantuvo estable. Puede afirmarse, a pesar de esta relativa estabilidad de las preferencias hacia el Partido Colorado, que éste votó excepcionalmente bien, y puede afirmarse esto en al menos dos sentidos. En primer lugar, el Partido Colorado votó muy bien para ser un partido que arrastra el desgaste de una gestión de gobierno, particularmente agravada en el último año por la crisis brasileña y sus efectos directos e indirectos sobre la economía uruguaya. En segundo lugar, el Partido Colorado votó por encima de las expectativas de las encuestas corrientes de opinión pública, lo que significa que logró monopolizar buena parte del porcentaje de indecisos de los últimos tramos de campaña.

El mal desempeño de los partidos tradicionales frente a la coalición de izquierda, por consiguiente, está básicamente explicado por la pérdida de electorado del Partido Nacional, que no conoce en el siglo mayor derrota electoral que la de este domingo. El Partido Nacional votó excepcionalmente mal, ya que desde el año 1942, nunca había obtenido menos del 30% de los sufragios. No sólo redujo su electorado en Montevideo a poco más de un 13%, sino que perdió su primer puesto entre el electorado del interior (en 1994 había obtenido un 39.4% de los votos), para pasar a ocupar el tercer lugar (obtiene el 29,6% de los votos del interior), luego del Partido Colorado (35.1%) y el Encuentro Progresista (31.3%).

El salto electoral de la coalición de izquierdas y el colapso electoral del Partido Nacional, parecen tener una correlación significativa. ¿Qué contribuye a explicar esto?. El impacto de la reforma constitucional afectó negativamente ciertos desempeños de los partidos tradicionales, y fuertemente el desempeño del Partido Nacional. A diferencia del Partido Colorado o del EP-FA, el Partido Nacional vivió en forma muy traumática la imposición de la candidatura única consagrada por la reforma constitucional. Las heridas no se restañaron, y la candidatura del Dr. Lacalle siguió siendo vista con desconfianza por buena parte de los electores (hasta donde los datos nos permiten aventurarnos). ¿Hacia dónde emigraron los nacionalistas disconformes con el desempeño de su partido? La respuesta no es fácil, pero los números son muy significativos. El EP-FA ganó todo que el Partido Nacional perdió en el Interior, y también consiguió levantar algunos votos colorados. El Cuadro 3 muestra esta diferencia porcentual, desagregada por departamentos.

Cuadro 3: Diferencias porcentuales entre partidos entre 1994-1999

DEPARTAMENTOS	EP-FA	PN
Artigas	+8,7	-8.4
Canelones	+11.1	-8.9
Cerro Largo	+12,6	-13.2
Colonia	+9.7	-8.1
Durazno	+9.7	-13.5
Flores	+8.0	-9.6
Florida	+10,4	-6.2
Lavalleja	+9,4	-10.9
Maldonado	+16,8	-17.7
Montevideo	+7.9	-8.5

DEPARTAMENTOS	EP-FA	PN
Paysandú	+14.9	-11.4
Río Negro	+10.9	-12.2
Rivera	+10.1	-2.7
Rocha	+14,9	-6.8
Salto	+10,3	-8.6
San José	+11,1	-10.2
Soriano	+11,6	-12.4
Treinta y Tres	+11,1	-5.9
Tacuarembó	+9,0	-8.2
TOTAL PAIS	+9,5	-9.8
TOTAL CAPITAL	+7,9	-8.5
TOTAL INTERIOR	+11,6	-8.9

Fuente: Datos de la Corte Electoral

2.1. La tendencia de crecimiento “histórica” de los partidos no tradicionales y las familias ideológicas

Dos explicaciones parecen concurrir a explicar el crecimiento electoral de la coalición de izquierda en la elección de octubre. La primera de las explicaciones, es la que hace de la votación histórica del EP-FA, un hito en una tendencia de muy largo aliento, que viene dándose en el país desde la década del setenta. La segunda de las explicaciones, hace hincapié en el impacto de las nuevas reglas que impuso la reforma constitucional de 1996, sobre el comportamiento de partidos y electores. Ambas explicaciones, cubren sin embargo dos fenómenos distintos, y hasta cierto punto complementarios. La primera explica el crecimiento del EP-FA. La segunda, explica el mediocre desempeño electoral de los partidos tradicionales.

La tendencia de crecimiento del EP-FA, si bien verifica algunos momentos de estancamiento, producidos por el “agujero” electoral que significó la dictadura militar de 1973-84 (desde su creación hasta la elección de 1989 el electorado de la coalición de izquierdas osciló entre el 18% y el 21%), ha sido sin embargo creciente, y se acompaña con la tendencia creciente del aumento de la participación electoral de lo que Luis Eduardo González llamó los partidos “desafiantes” del sistema (incluyendo partidos como el Nuevo Espacio)⁹. Según algunas proyecciones realizadas en función de esta tendencia de crecimiento, el EP-FA iba a ser, sin duda, la fuerza política mayoritaria del país en la actual elección. El Cuadro 4 muestra esta evolución.

⁹ La expresión es extraída de un artículo en el *Semanario Búsqueda*, 21 de octubre de 1999

Cuadro 4: Evolución del voto según partidos, en elecciones nacionales (1971-1999)

	1971 (%)	1984 (%)	1989 (%)	1994 (%)	1999 (%)
Partido Colorado	40,9	41,2	30,3	32,3	32,8
Partido Nacional	40,2	35,0	38,9	31,2	22,3
Subtotal: Partidos Tradicionales	81,1	76,2	69,2	63,5	55,1
FA-Encuentro Progresista	18,3	21,3	21,2	30,6	40,1
PGP- N.Espacio	-----	-----	8,8	5,2	4,6
Subtotal: partidos “no-tradicionales”	18,3	21,3	30,2	35,8	44,7
Partidos no relevantes	0,6	2,5	0,6	0,7	0,2
TOTAL	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0

Fuente: Reelaboración del cuadro de L.E.González, en Semanario Búsqueda (21.10.99)

Como muestra el cuadro, los partidos “tradicionales” experimentan una tasa de decrecimiento importante. De hecho, desde la transición democrática, han perdido un 20% del electorado. Los partidos “no tradicionales” han incrementado su participación en una medida similar. En términos de L.E.González, el pasaje de una situación de “bipartidismo puro” a una situación de “pluralismo moderado” entre 1970 y 2000, se produce por las mismas razones que el pasaje de un sistema de “partido predominante” a un sistema de “bipartidismo” (1958-70), con el fin de la hegemonía colorada y el triunfo del Partido Nacional en 1958: el descontento electoral y la “desilusión” para con aquéllos que habían representado a los responsables del gobierno (Partido Colorado primero, ambos partidos tradicionales en el segundo ciclo). Según esta interpretación, y tomando en cuenta todo el período, los dos partidos tradicionales, en cada año pierden alrededor del 1.2% del electorado, que es ganado anualmente por los “dos desafiantes”. Según esta proyección de crecimiento, los partidos tradicionales habrían debido sumar juntos, el 57.6% del electorado en octubre, mientras el electorado de los partidos “desafiantes” (en la elección de octubre, el EP-FA y el Nuevo Espacio) obtendría el 41.8% de los votos. El incremento en 3% de los partidos desafiantes (juntos, obtuvieron un 44.7% de los votos, como lo muestra el cuadro 4), merece entonces una explicación distinta. Pero no es solamente esta diferencia lo que debe ser explicado. La cultura política se vuelve una variable explicativa diferencial para entender los resultados de una elección, que no enfrenta sólo a “descontentos” y “conformes” con la gestión gubernamental llevada a cabo por la coalición entre ambos partidos tradicionales. Hay algo más que el descontento: existe una cultura política de izquierda, ya instalada (y altamente reproductiva), que aboga, antes que por un cambio “de modelo”, por una circulación de elites.

Pero se hace imprescindible primero, relativizar la afirmación acerca de los “partidos desafiantes” del sistema, que capitalizan la simpatía de los descontento, por las razones propias de un desgaste gubernamental prolongado. En primer lugar, parece claro que el EP-FA experimenta –siendo una opción claramente de izquierda– la mayor tasa de crecimiento en el período. Los “cuartos” partidos (Partido por el Gobierno del Pueblo, una escisión del FA que se

produce antes de las elecciones de 1989; y Nuevo Espacio, una escisión del PGP, luego que éste decidiera incorporarse al Partido Colorado) no parecen haber sido capaces de afirmar su tendencia de crecimiento: la muy baja votación del Nuevo Espacio en las elecciones últimas no hace sino afirmar este panorama. En segundo lugar, la composición social del electorado de la izquierda, permite aventurar la hipótesis de que existen predisposiciones actitudinales e ideológicas hacia el voto a la izquierda, no reducibles a un fenómeno de “descontento” electoral, producto de una percepción “pesimista” o “negativa” del país. En otras palabras: la izquierda crece, porque existe una “cultura política uruguaya” consistente con ella. El Uruguay es un país “competitivo” desde el punto de vista ideológico, y el escenario de “dos países” que emergió con el balotaje, muestra que no puede haber pretensión hegemónica de ninguno de ambos “bandos”. A continuación, examinaremos con detalle ambas afirmaciones.

El EP-FA, como fuera dicho, tiene un electorado diferenciado socialmente; el EP-FA vota mejor entre los jóvenes, entre la población con educación secundaria completa y universitaria, en las zonas urbanas, entre la población activa, en los polos “económicos” del país (entre ellos, en la capital). Son los electores del país “moderno” (en el sentido de la teoría “clásica” sobre la modernización): el país urbano, educado, activo, joven. Por consiguiente, si el país continúa modernizándose: si aumenta la población urbana, si aumentan los niveles educativos de los electores, y los viejos electores (con sus viejas lealtades) son reemplazados por nuevos electores, el EP-FA aumenta su caudal electoral. El Cuadro 5 muestra la composición social del electorado “potencial” de los partidos, en las elecciones de octubre de 1999, según los datos emanados de las encuestas de opinión pública.

Cuadro 5: Composición del electorado de los partidos, según encuesta de intención de voto en elecciones legislativas

	EP-FA (37%)	PC (26%)	PN (23%)	NE (5%)
Montevideo	48%	24%	14%	5%
Interior	29%	27%	30%	4%
18-29 años	47%	18%	19%	6%
30-39 años	42%	21%	22%	5%
40-49 años	41%	23%	20%	7%
50-59 años	35%	28%	24%	4%
60 años y más	26%	37%	28%	2%
Primaria incompleta	22%	40%	34%	----
Hasta 3er. Secundaria	37%	25%	24%	4%
Secundaria Completa	44%	20%	18%	6%
Universitario	41%	25%	17%	7%
Estratos alto y medio-alto	38%	26%	18%	6%
Estrato medio	42%	25%	21%	5%
Estrato medio bajo	34%	26%	28%	3%
Estrato bajo	36%	24%	27%	4%

Fuente: Equipos-Mori, muestra nacional, octubre de 1999

En primer lugar, como muestra el cuadro 5, los electores del FA se distribuyen muy diferentemente según regiones: el EP-FA concentra sus preferencias en Montevideo, el PN concentra sus preferencias en el Interior del país, y el PC mantiene un electorado equivalente en ambas regiones¹⁰. La edad es también importante desde el punto de vista de diferenciación de los electores. En el PC hay una relación muy fuerte entre edad y voto: este partido recluta sus adhesiones entre los electorados “más viejos”, exactamente a la inversa de lo que le sucede al EP-FA. Algo similar sucede con educación: el EP-FA concentra más fuertemente sus adhesiones entre el electorado con más de 12 años de educación (ciclo secundario completo y más) y el PN y el PC concentran sus adhesiones entre el electorado de menor educación relativa. Con el estrato socioeconómico, sin embargo, la relación no es tan directa. Aún así, puede afirmarse que el EP-FA mantiene un fuerte nivel de adhesiones entre los estratos medios y medios-altos, mientras el PN concentra sus adhesiones en los estratos socioeconómicos más bajos. El PC concentra adhesiones equivalentes en todos los estratos.

Estas afirmaciones deben tomarse con cierto cuidado. El resultado de estas encuestas de intención de voto, aunque consistente con varias de las mediciones efectuadas en este año, no refleja exactamente el comportamiento electoral. Para ello, deben testearse otros indicadores “sociales” contra el comportamiento electoral efectivo.

Sin embargo, la composición social diferenciada de los electorados de los respectivos partidos, permite afirmar que algo más que el “descontento” contra el gobierno, arrastrado inercialmente desde la crisis de estancamiento del país en 1958, está en juego cuando los electores deciden “cambiar” su voto hacia una opción de izquierda. Estos aspectos, inextricablemente vinculados a fenómenos de cultura política, deben ser tomados en cuenta en la explicación.

Uno de estos aspectos, que permite aventurar que algo más que el descontento “arrastra” a los electores hacia la izquierda, es que los votantes del EP-FA tienen una mayor adhesión a su partido que los votantes del PN o del PC (tienen una “tasa de retención de su electorado” mayor): no solamente el EP-FA gana nuevos votantes, sino que los “captura” con más fuerza.

Esto se vincula al hecho de que el EP-FA, tiene una capacidad “reproductiva” mayor: no solamente es más probable que un hijo de una familia “frentista” vote al EP-FA, que un hijo de familia blanca o colorada voten al PN y al PC, sino que los hijos de familias “multicolores” también tienden a votar al EP-FA. El cuadro 6 muestra los datos que permiten sostener esta afirmación.

¹⁰ El clivaje Montevideo-Interior es determinante para entender la política uruguaya. Montevideo concentra la mayor actividad económica del país y representa, aproximadamente, la mitad de su electorado. En las elecciones (incluyendo plebiscitos y referéndums) que se producen desde la apertura democrática, ambas regiones han tendido consistentemente a alinearse en forma opuesta.

Cuadro 6: Intención de voto en elecciones legislativas 1999, según identidad política de los hogares

	VOTA AL EP-FA	VOTA A OTROS PARTIDOS	INDECISO
Identidad política de los padres: hogar frenteamplista	85%	2%	13%
Identidad política de los padres: hogar nacionalista	46%	39%	15%
Identidad política de los padres: hogar colorado	53%	29%	18%
Tradición política de los padres: hogar “tradicionalista”	43%	27%	30%
Tradición política de los padres: hogar mixto “frentista-tradicional”	74%	17%	10%

Fuente: Encuesta Equipos-Mori realizada entre el 10 y 25 de agosto de 1999 en muestra nacional.

Finalmente, puede afirmarse que el “corrimiento” del electorado de los partidos Nacional y Colorado hacia el EP-FA, va de la mano con el propio corrimiento “ideológico” de estos partidos a la derecha. En efecto, los partidos Nacional y Colorado han ido perdiendo paulatinamente sus alas “izquierdas” en las últimas elecciones. El cuadro 7 muestra esta afirmación.

Cuadro 7: Votos a la “centro-izquierda” en partidos Nacional y Colorado, por fracciones, según autoidentificación ideológica de las mismas

	1984	1989	1994
PARTIDO COLORADO*	12.7%	3.8%	8.6%
PARTIDO NACIONAL**	39.9%	28.6%	10.3%

Fuente: Datos de la Corte Electoral

* 1984 (lista 89 de Flores Silva), 1989 (lista 27 de Vaillant), 1994 (listas de Vaillant y Batalla)

** 1984 (lista W y 2000, Zumarán), 1989 (MNR, Carlos Julio Pereyra), 1994 (MNR, Carlos Julio Pereyra)

Por consiguiente, parece sostenible la proposición de que un electorado con preferencias ideológicas desde el “centro” hacia la “izquierda”, ha perdido referencias en la oferta electoral de los partidos tradicionales. La alternativa entonces, es alinearse electoralmente detrás de la coalición EP-FA. El movimiento de los electores, obedecería entonces, al propio “corrimiento a la derecha” de los partidos tradicionales.

2.2. Impactos de la reforma constitucional de 1996: reducción de la oferta electoral y “bifracionalización”

Las nuevas reglas electorales no parecen haber impactado de la misma manera a todos los partidos. Sin duda, han tenido un impacto más fuerte en los partidos “tradicionales” que en el EP-FA, desde el punto de vista de al menos dos disposiciones que alteran las estrategias políticas “clásicas” de estos partidos: la candidatura única y la imposibilidad de acumular votos en los sublemas en las elecciones a diputados¹¹. Un tercer impacto, poco predecible hasta que transcurran los comicios de mayo, es la separación de las elecciones parlamentarias y presidenciales.

El efecto de las candidaturas únicas ha ocasionado un efecto “reductor” de la oferta electoral de los partidos tradicionales, caracterizados por ofrecer candidaturas presidenciales múltiples, capaces de atraer un electorado con preferencias diversas. En efecto, con posterioridad a la interna, los partidos redujeron el número de listas que presentaron ante las elecciones de octubre. No parece haber sucedido lo mismo en la coalición de izquierdas. El Cuadro 8 muestra estos datos:

Cuadro 8: Evolución de la oferta electoral de los partidos (número de listas presentadas por los partidos)

ELECCION	1984	1989	1994	1999
Frente Amplio (E.Progresista-FA)	103	123	232	208
Partido Colorado	162	353	320	68
Partido Nacional	160	281	355	93
Nuevo Espacio	0	59	19	22
Otros	24	35	101	34
TOTAL	449	851	1027	425

Fuente: Diario El Observador, 28 de octubre de 1999, en base a datos de la Corte Electoral

Como muestra el cuadro, la oferta electoral de los partidos tradicionales se redujo drásticamente, y la variable explicativa que hace a la diferencia, parece ser la reforma constitucional de 1996. Sabemos también que la oferta electoral del EP-FA no parece haber sufrido el mismo destino. Es probable que la eliminación de la acumulación de votos por sublema a diputados en el Interior, haya tenido un efecto negativo sobre el poder de negociación de los operadores políticos menores de los partidos tradicionales, ajustados a “disciplinarse” dentro de las listas dominantes, y haya reducido los incentivos de estos como protagonistas políticos, para mejorar la elección de su partido. Es probable que la proliferación de listas del EP-FA en el Interior, haya tendido a mejorar su desempeño, en un contexto en el que el EP-FA comienza a ser atractivo como partido para quienes quieran hacer carrera política en el interior

Una segunda modificación, es la tendencia que se verifica en los partidos tradicionales,

¹¹ Para una exposición más detallada de esto, véase Centro de Estudios Estratégicos (1998) y (1999)

hacia una bifracionalidad interna¹², o una reducción del número de fracciones relevantes. Aunque la tendencia de los partidos a funcionar como “sistemas bifraccionales” ya ha sido señalada en algunos estudios (Buquet et alii, 1998:25), la actual reforma parecería confirmar que la competencia presidencial tiende a reducir el número de fracciones relevantes¹³. Se han consolidado las fracciones partidarias al interior de los partidos: el Foro Batllista, la 15, el Herrerismo, Alianza Nacionalista. Sin embargo, al igual que en el cuadro anterior, al Encuentro Progresista no parece haberlo afectado en la misma medida (de hecho hay más fracciones con peso electoral similar y ninguna “hegemoniza” al partido), presumiblemente porque como ya se dijo antes, el haber presentado un candidato único en todas sus anteriores elecciones, lo encontró “mejor preparado” para lidiar con este dispositivo institucional. El Cuadro 9 muestra este efecto.

Cuadro 9: La votación por fracciones en los partidos (1999)*

PARTIDOS	MONTEVIDEO	INTERIOR	TODO EL PAIS
<i>ENCUENTRO PROGRESISTA- FRENTE AMPLIO</i>			
Partido Socialista**	29%	25%	27%
Asamblea Uruguay	19%	21%	20%
Movimiento de Participación Popular	17%	10%	14%
Vertiente Artiguista	17%	7%	13%
<i>PARTIDO COLORADO</i>			
Foro Batllista	40%	52%	47%
Lista 15**	52%	44%	47%
<i>PARTIDO NACIONAL</i>			
Herrerismo**	66%	61%	62%
Alianza Nacionalista	27%	33%	31%

Fuente: Datos de la Corte Electoral

*Sólo se toman en cuenta las fracciones que representan más de un 10% de los electores

** Fracción a que pertenece el Presidenciable del partido

3. Crónica de una muerte anunciada: las elecciones presidenciales de noviembre de 1999

Una diferencia de 8% -escasamente prevista por las encuestadoras conocidas que diagnosticaron una situación de “empate técnico” entre ambos candidatos- decidió la disputa electoral más peculiar del Uruguay de las últimas décadas. El Encuentro Progresista (EP-FA) logró sumar, a su altísima votación del 31 de octubre pasado, un 5% del electorado que fue

¹² El efecto de la bifracionalización es más visible analizando el impacto total de la reforma en las tres vueltas. Parecería que el doble mecanismo de elección “mayoritaria” (la competencia por la candidatura interna y el ballottage) tiende a reducir el número de fracciones relevantes, así como a reducir el margen de acción de la competencia política: los perdedores “pierden más” (como en todos los sistemas mayoritaristas), y pierden antes (por el efecto de la elección a tres vueltas).

¹³ Los efectos de la reforma recién se están haciendo sentir por lo que las afirmaciones en este sentido deben ser efectuadas con las mayores precauciones.

obligado a votar fuera de su partido. La alianza entre el Partido Colorado (PC) y el Partido Nacional (PN), no obstante, superó ampliamente la votación del EP-FA y confirmó, una vez más, a los partidos tradicionales en el control del Poder Ejecutivo.

La elección del 28 de noviembre era inédita en la historia del país. El balotaje, ese especial dispositivo que parece haberse afincado en la América Latina de los 80s, y que el electorado en Uruguay ratificó por una apretada votación que apenas superó el 50% del total, permitió a los partidos tradicionales realizar un experimento que ya le había dado buenos resultados en el ejercicio del gobierno: formar una coalición mínima vencedora. Las cúpulas de ambos partidos, el PN y el PC, rápidamente llegaron a un acuerdo y el PN no solamente apoyó explícitamente la candidatura de Jorge Batlle, sino que también hizo campaña a favor de ella. El experimento resultó, y todo parece indicar que ambos partidos estarían dispuestos a nuevos ensayos (las elecciones municipales son un escenario posible), con el límite que imponen las identidades partidarias.

El EP-FA, en cambio, concurrió solo a las urnas. Si bien obtuvo adhesiones de otros partidos, éstas no superaron las voluntades individuales de electores, candidatos insatisfechos con sus propios partidos (PN) o líderes a quienes la polarización obligó al pronunciamiento por la opción ideológica más afín (NE). En este contexto, el EP-FA confirmó, superando su votación de la elección de octubre, que es la fuerza política más importante del país. Pero en el Uruguay de fin de siglo, la “regla de oro” de que el partido más votado gana, dejó de estar vigente. Los ganadores pierden, y los perdedores ganan.

En esta elección paradójica, ganadores y perdedores se confunden. El Partido Nacional, el gran perdedor de la elección de octubre, y su presidenciable, el Dr. Lacalle, el candidato que presumiblemente “espantó” a buena parte de los electores en aquella ocasión, tendrá mucho más peso y protagonismo en la conformación del gobierno que el partido político más votado. En su discurso de la noche del 31 de octubre, el Dr. Lacalle afirmó que su partido “impondrá” el ritmo de la agenda programática a la coalición. Su actual posición de partido “cooperante”, es sin duda más fuerte que las posiciones que asumiera durante la primera y segunda administraciones del Dr. Sanguinetti. A diferencia de las coaliciones de gobierno anteriores, en ésta, el Partido Colorado accede al gobierno con los votos del Partido Nacional: no sólo por virtud del monolítico pronunciamiento de la máxima autoridad del Directorio del partido, sino apoyado por una campaña explícita de apoyo a la candidatura del Dr. Jorge Batlle. Así, el perdedor, paradójicamente se transforma en gobernante.

El Cuadro 10 muestra los resultados del balotaje de noviembre.

CUADRO 10: Resultados de la segunda vuelta, Uruguay, 1999

	Tabaré Vázquez	Jorge Batlle	TOTAL
TOTAL (%)	45,9	54,1	100,0
MONTEVIDEO (%)	56,1	43,9	100,0
INTERIOR (%)	37,9	62,1	100,0

Fuente: Datos de la Corte Electoral.

La elección de noviembre nos deja algunas de las lecciones políticas más importantes del Uruguay que emerge de la transición democrática en la segunda mitad de los 80. En primer lugar, la elección de noviembre tuvo un efecto de “desenmascaramiento” muy fuerte de la sociedad uruguaya. Contradiendo algunas previsiones “politológicas” sobre la importancia del voto en blanco en un contexto de balotaje, éste no llegó al 2% de los votos emitidos. La sociedad uruguaya se expresó masivamente a favor o en contra de las opciones que tenía: se manifestaron las asociaciones sociales, empresariales y sindicales, los órganos de prensa, los intelectuales, los artistas, los políticos “disidentes”, las asociaciones profesionales. La concurrencia fue masiva, y los que decidieron “no optar” pasaron casi desapercibidos. Sin embargo, era una elección polarizada. De un lado, se enfrentaba el “continuismo” de la gestión anterior, y del otro, “el cambio a la uruguaya”. El Dr. Batlle y el Dr. Lacalle representan sin ambigüedades, la derecha política del sistema, y el Dr. Vázquez, la izquierda política del sistema. Más allá de los corrimientos al centro de los discursos, dada las características de una contienda que obligaba a buscar electores en el centro del espectro político, el tema del impuesto a la renta manifestó a las claras la expresión más “moderna” de la contienda entre derechas e izquierdas, habitual en los debates europeos o estadounidenses. La inevitable vocación redistributivista e igualitaria de las izquierdas se enfrentó a la defensa conservadora de la disciplina fiscal y la estabilidad así como a la autocomplacencia liberal con el “nuevo modelo” de la modernización vía economía de mercado. Y aquí radica la segunda lección de la contienda de noviembre: en un contexto de polarización, los electores uruguayos se mueven “como pez en el agua” y eligen a sabiendas.

En efecto, la elección de noviembre, a pesar de generar el resultado paradójico de que los perdedores ganan y los ganadores pierden, tuvo sin embargo la virtud de hacer muy claras las opciones políticas enfrentadas. Por una diferencia amplia, el electorado uruguayo se manifestó a favor del continuismo de la política vigente, confiando más en lo que las viejas elites políticas podían garantizarle que en lo que las nuevas elites políticas podían prometerle. La izquierda no tenía una gestión de gobierno que ofrecer en garantía (la experiencia municipal no es un argumento muy convincente en un país de tradición centralista como el nuestro). Tenía su programa, que fue auscultado de atrás para adelante, de anverso y reverso, durante toda la campaña electoral y de donde el impuesto a la renta emergió, levantado por la coalición que postulaba a Jorge Batlle como presidente, como una propuesta “mal hecha” y que suponía una presión impositiva que el país no podría tolerar. El Partido Colorado no precisaba mostrar su programa. Sólo precisaba mostrar su larguísima gestión a cargo del gobierno uruguayo para conquistar sus votos. Y el país conservador ganó, eligiendo la continuidad de dos figuras que representan emblemáticamente la continuidad de las elites políticas de principios de siglo: los Batlle y los Herrera.

Pero el triunfo “conservador” mostró un país dividido, y advirtió a los líderes que cualquier gobierno en el Uruguay del próximo siglo, será un gobierno dividido. Lo interesante del caso, es que la división no se manifiesta apenas entre “conservadores” y “progresistas”: también se manifiesta entre los “perdedores” (del modelo vigente) y los que han ganado (tal vez mucho), y aún tienen por ganar. En lo que sigue, examinaremos esta afirmación.

3.1. Ecología del voto: el voto “moderno” y el voto “clasista”

La cultura política uruguaya parece consistente en todos sus indicadores: preferencias por

la democracia, actitud positiva hacia las instituciones políticas y confianza en las reglas. Esto es: existe un cierto “patrón actitudinal” consistente entre las varias dimensiones democráticas y esta consistencia se expresa asimismo en una diferencia – a veces muy marcada- entre el Uruguay y sus vecinos. Las actitudes y percepciones políticas de los uruguayos están fuertemente influidas por variables individuales (por ejemplo, el nivel educativo), al igual que sucede en otros países, pero están aún más fuertemente influidas por la predisposición ideológica y las simpatías político-partidarias (ambas fuertemente correlacionadas), a diferencia de lo que sucede en otros países. Varios estudios en Uruguay han corroborado esta afirmación (Filgueira, 1989; Moreira, 1997).

Los datos que relevan intención de voto y características de las personas son muy conclusivos respecto a la forma en que se asocia el voto a los partidos “tradicionales” y el voto a los partidos “de izquierda” (incluyendo al Nuevo Espacio), con aspectos tales como educación, edad, condición de actividad y zona de residencia. Estos datos permiten afirmar, sin interponer juicios de valor, que existe un voto “conservador” (representado por el voto a los partidos tradicionales) y un voto “moderno” (representado por el voto al EP-FA y al NE). El voto es “moderno”, en el sentido que tiene esta palabra en la teoría clásica de la modernización. Según esta teoría, las sociedades se modernizan “culturalmente” (es decir, en sus hábitos, valores y comportamientos) a medida que se urbanizan e industrializan, la educación se universaliza, y la población se incorpora al mercado de trabajo. La elección confrontó a Montevideo con el Interior, y a las zonas más industrializadas y urbanizadas con el interior “profundo”. La elección confrontó al electorado más joven, predominantemente orientado hacia la opción del EP-FA con el electorado más viejo, donde las viejas lealtades a los partidos tradicionales tienen mayor vigencia. La elección confrontó al electorado que representa la población activa del país con el electorado reclutado principalmente entre la población pasiva (los datos sobre intención de voto entre jubilados y amas de casa son muy significativos en este sentido). Dos tipos de información parecen conclusivos en este sentido: el voto partidario según clivaje rural/urbano y según niveles de ingreso. El Cuadro 11 muestra el voto en las zonas rurales en las elecciones de octubre y noviembre, según partidos.

Cuadro 11: Voto rural en elecciones legislativas y balotaje, en departamentos del Interior del país, según partidos

	% EP-FA (rural)	T.Vázquez (rural)	%Partido Colorado (rural)	% Partido Nacional (rural)	% Jorge Batlle (rural)
	<i>Octubre-1999</i>	<i>Nov.- 1999</i>	<i>Octubre-1999</i>	<i>Octubre-1999</i>	<i>Nov.-1999</i>
Artigas	14.4	17.6	43.3	41.0	82.4
Canelones	33.0	39.6	36.7	25.2	60.4
Cerro Largo	17.9	24.7	29.3	51.2	75.3
Colonia	15.6	20.8	41.1	38.7	79.1
Durazno	13.4	19.7	34.9	49.0	80.3
Flores	12.1	19.7	34.4	51.3	80.3
Florida	19.8	28.0	35.0	42.1	72.0
Lavalleja	6.7	10.3	37.8	54.1	89.7

	% EP-FA (rural)	T.Vázquez (rural)	%Partido Colorado (rural)	% Partido Nacional (rural)	% Jorge Batlle (rural)
Maldonado	5.4	25.8	40.9	34.2	74.2
Paysandú	24.1	32.4	35.2	37.4	67.6
Río Negro	10.5	25.5	50.2	35.5	74.5
Rivera	12.0	18.9	43.8	43.0	81.1
Rocha	17.7	27.3	38.2	42.2	72.7
Salto	21.0	24.9	40.4	36.4	75.1
San José	21.0	26.1	33.2	42.4	73.9
Soriano	19.5	25.8	39.4	38.3	74.2
Tacuarembó	12.8	19.5	32.8	52.6	80.5
Treinta y Tres	14.7	21.2	35.3	47.2	78.8

Fuentes: Datos de la Corte Electoral

Como muestra el cuadro, la votación de la coalición de izquierdas en el medio rural no llega, con la excepción del caso de Canelones (departamento contiguo a Montevideo y fuertemente influido por el comportamiento del área metropolitana de Montevideo), al promedio de votación del EP-FA en todo el Interior del país, ni en la elección de octubre (donde el promedio de votación del EP-FA en el Interior había sido 31.1%) ni en la elección de noviembre (donde había ascendido a 37.9%). Por consiguiente, un bipartidismo “residual” parece estar aún definiendo la contienda electoral en las zonas rurales, donde, por una leve diferencia, el Partido Nacional encuentra un mejor desempeño que el Partido Colorado. Las diferencias porcentuales entre Vázquez y Batlle en la instancia de noviembre, son muy significativas a este respecto. Por consiguiente, el efecto de crecimiento de la izquierda, ha estado signado por dos movimientos: a) el movimiento de “hegemonización” progresiva del electorado de la capital; b) la consolidación como un actor competitivo con los partidos tradicionales en el Interior urbano. Y especialmente, en los lugares de mayor dinamismo económico de este Interior urbano, como muestra el Cuadro 12.

Cuadro 12: voto por partidos, según regiones y niveles de ingreso

Departamentos	Votación a la Izquierda en 1984 (%)	Votación a la Izquierda en 1989 (%)	Votación a la Izquierda en 1994 (%)	Votación a la Izquierda en 1999 (%)	Ingreso
<i>Departamentos con menos de 4.000 US\$ anuales de Ingreso promedio*</i>					
Artigas	6,1	5,12	13,51	30,33	3054.8
Rivera	6,45	5,41	9,33	24,26	3376.6
Tacuarembó	8,05	6,65	13,4	27,21	3527.1
Cerro Largo	6,34	5,65	14,21	32,57	3727.8
Salto	10,24	8,51	20,89	35,8	3740.3
Treinta y Tres	5,6	4,72	12,16	28,75	3807.2

Departamentos	Votación a la Izquierda en 1984 (%)	Votación a la Izquierda en 1989 (%)	Votación a la Izquierda en 1994 (%)	Votación a la Izquierda en 1999 (%)	Ingreso
PROMEDIO	7,13	6,01	13,92	29,82	
<i>Departamentos con Ingreso promedio anual entre US\$ 4.000 y 5.000*</i>					
Paysandú	14,53	10,43	27,27	46,10	4085.3
Soriano	10,45	10,12	21,76	37,98	4331.5
San José	10,89	10,40	20,34	35,28	4384.4
Rocha	6,60	6,04	13,54	37,09	4701.5
Lavalleja	5,11	5,09	11,75	25,48	4707.8
Florida	9,14	9,35	18,61	34,40	4822.0
Durazno	5,37	5,85	12,11	26,89	4908.5
PROMEDIO	8,87	8,18	17,91	34,746	
<i>Departamentos con más de 5.000 US\$ anuales de Ingreso promedio*</i>					
Canelones	15,76	16,71	27,90	43,87	4981.2
Colonia	12,06	11,35	20,22	35,27	5035.9
Flores	4,90	7,89	13,86	28,29	5297.3
Río Negro	9,54	10,68	18,04	35,43	5791.7
Maldonado	11,32	11,5	18,83	38,59	6100.3
Montevideo	33,65	34,49	44,1	54,43	7614.5
PROMEDIO (c/Montevideo)	13,73	14,40	22,98	38,66	
PROMEDIO (s/Montevideo)	14,42	15,29	23,70	36,29	

Fuente: Datos de la Corte Electoral y PNUD (1999) Informe sobre Desarrollo Humano en Uruguay

* Calculado con valores de 1998

El Cuadro 12 es muy significativo de la “ecología” del voto de la izquierda. En efecto, los promedios de preferencia electoral por la izquierda, según regiones tipificadas según niveles de ingreso, muestran que en todas las elecciones, desde 1984 hasta la fecha, los departamentos con mayores niveles de ingreso, han tenido un porcentaje significativamente superior de adhesiones al EP-FA que los de menores ingresos relativos, aunque esta diferencia (de casi el doble en 1984) ha tendido a reducirse.

Sin embargo, el EP-FA encontró otro “techo” de votación, además del techo impuesto por el voto “conservador”. Si la tesis del “voto moderno” fuera válida sin más, a medida que el Uruguay se moderniza, la izquierda crecería (como está sucediendo) sin un techo previsible. Sin embargo, la izquierda encontró un techo, y el caso de Montevideo es clave en esta explicación. Si observamos la evolución del voto al EP-FA en Montevideo, vemos que la tasa de crecimiento del voto en los barrios de mayor nivel educativo¹⁴ (para los habituados al paisaje montevideano, lo

¹⁴ Estamos empleando el nivel educativo como un “proxy” de nivel promedio de ingresos por zona (dato del que no se dispone actualmente), y seleccionamos el porcentaje de personas con nivel de educación terciaria (más de 17

que llamamos la “franja costera”) se “desacelera”, mientras se acelera en los de menor nivel educativo (barrios del centro y la periferia). El Cuadro 13 muestra la evolución del voto a la izquierda según las regiones definidas por la Intendencia Municipal de Montevideo, y la compara con un indicador “proxy” de nivel educativo. Con todas las limitaciones de este análisis, los datos son reveladores de algo que el “sentido común” vocea: en Montevideo, los pobres han comenzado a votar masivamente a la izquierda.

Cuadro 13: Evolución del voto a la izquierda según barrios de Montevideo

Barrios de Montevideo	1984 (%)	1989 (%)	1994 (%)	1999 (1)	1999 (1)	Tasa de crecimiento (1984=100)	% población con estudios terciarios
I (10)	26,37	29,31	41,6	50,82	54,75	208	1,5
G (18)	31,9	34,66	48,83	59,09	63,82	200	2,0
J(9)	29,79	32,1	44,2	54,80	57,78	194	2,8
H (12)	31,44	33,19	45,48	55,07	60,12	191	4,4
O (11)	32,47	34,29	45,49	54,68	59,09	182	2,7
F (17)	39,34	42,33	57,69	66,00	69,92	178	2,3
Q(6)	34,15	36,51	48,86	52,78	60,22	176	8,8
P (13)	36,06	37,54	49,86	58,44	62,82	174	5,4
E (14)	40,01	41,28	54,85	64,74	68,64	172	4,5
ñ (15)	35,44	36,72	46,56	54,19	58,62	165	10,2
A (1)	30,02	29,59	38,03	45,18	49,46	165	19,4
B (2)	32,3	31,44	39,87	47,43	51,94	161	22,4
D (16)	34,99	33,89	43,74	51,85	55,73	159	14,3
C (3)	35,53	35,17	43,88	51,44	55,91	157	11,4
N (4)	34,12	34,18	43,19	48,78	53,14	156	17,5
L (7)	35,43	33,75	40,86	46,35	50,35	142	21,9
K (8)	33,83	31,85	38,35	46,88	46,86	139	16,1
M (5)	33,04	30,28	36,18	39,73	43,55	132	28,1

Fuente: Datos proporcionados por la Intendencia Municipal de Montevideo

En otras palabras, la tesis del voto “clasista” parece ser una herramienta muy útil para interpretar el voto montevideano. Esto significa que una parte del electorado “moderno” (las clases medias y medias altas de la franja costera de la ciudad), presumiblemente recompensada por el modelo de “modernización vía mercado” estarían más propensas a votar por opciones más “conservadoras” que a votar por el EP-FA. En este contexto, el EP-FA encuentra un techo de voto “clasista” que hace la hipótesis del crecimiento sostenido y continuo, en principio, cuestionable.

4. A modo de conclusión

En “Intereses y partidos en el pluralismo”, Pizzorno había sostenido que los partidos de izquierda, en la medida en que no participaran en el poder, debían recompensar “ideológicamente” a sus adherentes. No sucedía lo mismo, en cambio, con los partidos que tenían accesos a recursos de poder, esto es, con los partidos que participaban del gobierno, que podían recompensar de un modo menos “simbólico” que la ideología a sus adherentes. La evolución electoral del Uruguay, especialmente de la izquierda, traen a la memoria esta reflexión de Pizzorno.

Hubo un Uruguay que deseó, fervientemente, que el siglo XXI se inaugurara con un gobierno de izquierda. Como destacó algún observador extranjero, a juzgar por la capacidad de movilización y el entusiasmo, el Uruguay amanecería en el nuevo siglo, bajo el signo de un gobierno del Encuentro Progresista. Sin embargo, con menos capacidad de movilización y con más temor que entusiasmo, los partidos tradicionales, ganaron una vez más, y el nuevo siglo se inició de la mano de un Batlle, como se había iniciado la larga zaga democrática que había comenzado en el siglo XX.

La reforma constitucional de 1996, que consagró el balotaje, fue en buena medida responsable por este resultado: blancos y colorados habría de alinearse, y la izquierda uruguaya, a diferencia de las izquierdas paraguaya, argentina y chilena, concurriría sola a las urnas, sumando voto a voto dentro de su propio partido. Si bien esta izquierda “solitaria” y no-aliancista, tiene frente a sus pares de la región la enorme ventaja de mantener su consistencia ideológica, y de no verse desafiada por pactos de compromisos con gobiernos de “centro” y “centro-derecha” que amenazarían su credibilidad como una alternativa real, enfrenta las desventajas de no poder “llegar”, sola, a ocupar el gobierno.

Dos barreras parecen interponerse entre la izquierda y su objetivo. Una barrera -menos infranqueable- la componen los miles de ciudadanos poco informados, poco activos, envejecidos, que aún la perciben como una “amenaza” a un status-quo, que aunque no los recompense, parece preferible a esa suerte de “salto al vacío” que supondría un gobierno de izquierda. Pero otra barrera parece haberse levantado, más infranqueable que la primera: la de aquéllos ciudadanos “ilustrados” y “activos” (esos demócratas participantes de Almond & Verba), que sí han sido recompensados por el “status-quo” y para los cuales la amenaza de la izquierda no es apenas simbólica o ideológica, sino real.

Sin embargo, y frente a este escenario de imposibilidades y bloqueos, que se conjuga con un estilo de gobierno coalicional del que la izquierda ha sido sistemáticamente excluida (lo cual, paradójicamente se convierte en una ventaja para su condición de partido de “manos limpias”), la izquierda podría aprender algo de las lecciones de Pizzorno. Si el voto “clasista” en Montevideo le impone un límite electoral “por arriba”, le genera un caudal de adhesiones “por abajo”: la de aquéllos que presumiblemente se sienten recompensados por dos administraciones municipales de la izquierda. En el ejercicio del gobierno de Montevideo, que la izquierda ha conquistado en 1989 y consolidado en 1994 (y que todo parece indicar conquistará en las elecciones municipales del 2000), la izquierda parece haber manejado unos recursos de poder gubernamentales (ya no simbólicos) que le permitieron capturar un electorado habitualmente fiel a lealtades partidarias tradicionales: el electorado más pobre, y posiblemente el más “golpeado” por las incertidumbres causadas por la transición económica.

BIBLIOGRAFIA CITADA

BOTINELLI, Oscar (1991): El sistema electoral uruguayo. Descripción y análisis, Working paper 3, Instituto de Ciencia Política, Heidelberg, 1991

BUQUET, D.; CHASQUETTI, D., MORAES J.A.: (1998) Fragmentación Política y Gobierno en Uruguay: ¿un enfermo imaginario?, Instituto de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Univeridad de la República, Montevideo.

Centro de Estudios Estratégicos (1998): Reforma Constitucional y Estructura Política, Ed. Banda Oriental, Montevideo

Centro de Estudios Estratégicos (1999): Gobernabilidad, Coalición y Cambio Institucional, Ed. Banda Oriental, Montevideo.

CORREA FREITAS et alii (1998): La reforma constitucional de 1997: Análisis constitucional y administrativo, Ed. Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo:

FILGUEIRA, Carlos et alii.: (1989), De la transición a la consolidación democrática: imágenes y cultura política en el Uruguay, Montevideo, Informes del Ciesu, No. 38.

Moreira, Constanza (2000): “La democracia de los disconformes: cultura política en el Uruguay de fin de siglo”, Constanza Moreira, presentado al libro Cultura política, sustentabilidade, e clivagens geracionais nos países do Cone Sul, Universidad Federal de Santa Catarina, Brasil.

MOREIRA, Constanza: (1997), Democracia y Desarrollo en Uruguay: una perspectiva desde la cultura política, Ed. Trilce, Montevideo.

Uruguay después del balotaje: el impacto de la reforma y el nuevo escenario político, (varios autores) Ediciones Cauce, Montevideo 1999.